

Empezaron á balazos,
 ¡ Oh infeliz madre Sevilla,
 Qué día tan desgraciado!
 ¡ Quién viera al padre prior,
 Su Majestad en las manos,
 Y las balas que crujían
 En medio de aquellos claustros!
 Favor al Rey, piden unos,
 Otros á la Iglesia, dando
 Voces y tocando á un tiempo,
 Las campanas á rebato.
 Aquí de Correa fué
 Todo el valor necesario;
 Pero ninguno se arrima,
 Que los tiene acobardados.
 Llegó en esto el Arzobispo
 Excomunión promulgando
 Al que no se salga al punto,
 Con las armas, del sagrado.¹
 Todos salen á la calle,
 Y con él puesto á su lado,
 Salió por medio de todos,
 Y lo llevó á su palacio,
 El señor duque de Osuna,
 Que á Madrid se lo ha llevado,
 Porque su Excelencia quiere
 Tenerle allí por ahijado;
 Pero su mucho valor,
 Lo que había granjeado
 Con el Duque, lo perdió,
 Pues le sucedió un fracaso
 Con un marques, á quien dió
 Una estocada en un brazo.
 En efecto, lo prendieron,
 Y el proceso sustanciado,
 Por ser la parte muy fuerte,
 Galeras le han sentenciado.
 El señor Duque se empeña
 De que vaya desterrado
 Solo seis años á Oran:
 Del Consejo lo ha alcanzado.
 Lo llevan á Cartagena,
 Y en las galeras entrando,
 Lo encajaron en Oran,
 Y señalándole rancho,
 Una noche en su cuartel
 Estaba, cuando ha llegado
 Una tropa de oficiales,
 De cadetes y soldados,
 Con algunos instrumentos
 Que les venían tocando,
 Y como en tono de burla
 Estas palabras hablaron:
 — ¡ Está aquí el jaque Correa?
 Aquí se amansan los guapos.—
 Con la espada salió, y dijo:
 — Al que fué desvergonzado
 De esta manera respondo.—
 Y á cuchilladas y á tajos
 Les ha roto las cabezas.
 Y viendo le van cercando,
 Se fué á la iglesia, de donde
 A otro día lo sacaron,
 Y á Ceuta lo remitieron,
 Donde está por presidiario
 Haciendo notables hechos
 Siempre que se ofrece al campo
 Salir á medir su espada
 Contra los mahometanos.
 Con esto pide el poeta,
 A vuestros piés humillado,
 Que le perdoneis las faltas
 Que encontréis en estos rasgos.

(Francisco Correa, Pliego suelto.)

¹ En este romance se ve también la protección que el clero
 ; los grandes dispensaban á los vándidos.

1537.

DON JUAN MERINO.—I.
 (De José Francisco¹.)

En este opulento Alcázar,
 Fuerte columna de Cintio,
 Valle apacible de perlas,
 Ameno jardín florido,
 Donde la diosa Minerva
 Con aplauso y regocijo
 Se ostenta lisonjeando
 Su hermoso y raro prodigio,
 Pensil hermoso y fragante,
 Adonde los pajarillos
 Al rociar de la aurora
 Aljófares cristalinos,
 Con dulcísimos gorgoros
 Cantan trinados distintos,
 Con su música alabando
 Al Criador infinito,
 Dando á entender á los hombres
 Que deben hacer lo mismo.
 Pero qué sitio ó paraje
 Es este fuerte obelisco?
 Dígalo por mí la fama.
 Pues muy bien podrá decirlo,
 Que en los mas remotos climas
 Tiene su nombre aplaudido
 Grabado, á pesar del tiempo,
 En láminas de oro fino.
 Es la ciudad de Granada,
 Cuyos blasones altivos
 Coronó de eternos lauros
 Todo este reino lucido,
 Hispano imperio, sujeto
 A su soberano invicto,
 Por sus encumbradas torres,
 Y por sus fuertes castillos,
 Por la gala y bizarría,
 El garbo, donaire y brio
 De los galanes y damas,
 Que son del amor hechizos:
 En fin, en esta ciudad
 Nació de padres muy ricos
 Doña Luisa María,
 Y el apellido no digo,
 Por no darles mas quebranto
 A los que la han conocido,
 Que cierto fuera mejor
 Que nunca hubiera nacido,
 Para ser tan desgraciada,
 Y haber dado tal sonido,
 Pues desde la tierna edad
 Fué siguiendo los designios
 De arrastrar pompas y galas,
 Cuyos trajes tan lascivos
 Fuéron la principal causa
 De su fatal precipicio;
 Pues son los trajes profanos
 De muchos males motivo,
 Mancha, que en la mejor tela
 Varias veces ha caído.
 Y antes que los quince abríles
 Llegara á tener cumplidos
 Huérfana quedó de padre,
 Aunque por eso no hizo
 De sentimiento una seña;
 Que es el caso bien sabido,
 Que borra el divertimento
 De los hijos los cariños,
 Y suelen verse los padres
 Seguramente perdidos
 Por darle á los hijos larga,
 Y criarlos consentidos.
 Así esta niña vivía
 Siendo de todos hechizo,
 Iman de los corazones,
 Y el crimen del dios Cupido.
 Muchos señores la rondan

Sus rejas, amantes finos,
 Y en Granada sucedían
 Desgracias en cada sitio;
 Pero la bizarra dama,
 Blasonando de lo altivo,
 A todos los despreciaba
 Mostrándole mil desvíos,
 Porque se consideraba
 Que era lo mejor del siglo,
 Y el mas alto caballero
 Era para ella indigno.
 De su hermosura la fama
 Voló por reinos distintos,
 Y un principal caballero,
 Valeroso y bien nacido,
 De la ciudad de Valencia,
 Llamado Don Juan Merino,
 Solo por ver esta dama
 En un decir se previno
 De armas y de caballo,
 Y un volante presumido,
 Que para jugar la espada
 Era el relampago mismo,
 Y á Granada por la posta
 Pasó como un torbellino;
 Y puso la habitación
 Para lograr su designio,
 Enfrente de los balcones
 De aquel hermoso prodigio.
 Y para poder lograrlo
 Se valió de un buen arbitrio,
 Que fué enviar á la casa
 De la viuda que ya he dicho,
 Madre de aquella Diana,
 Un cortesano y cumplido
 Recado, que si quería
 Hacerle el favor crecido
 De mandarle á una criada,
 Para que vaya á asistirlo
 Un día ó dos, entre tanto
 Que él se haya proveído.
 Concedióle la señora
 La merced que le ha pedido,
 Y le envió dos doncellas
 Mas hermosas que un armiño,
 Las cuales muy puntuales
 Estuvieron en servirlo;
 Y luego que halló criadas
 Dió á cada una un vestido,
 Y las envió á su casa,
 Y de esta suerte las dijo:
 — Hijas, decid á vuestra ama
 Que sus favores estimo,
 Y que quedo á que me mande,
 Ahora y siempre agradecido,
 Lo que fuere de su agrado
 Y mayor empeño mio.—
 Todas las noches pasaba
 Con música divertido,
 Que á los músicos mas diestros
 Traía casi sin tino,
 Componiéndole tonadas,
 Sonetos y juguetillos,
 Tanto, que los pretendientes
 De aquel hermoso prodigio,
 Como no pueden rondarle,
 Estaban muy ofendidos,
 Y unos pasquines pusieron
 Con tinta encarnada escritos,
 Que en claras letras decían:
 « Si no te mudas, Merino,
 De esa calle y de esa casa,
 Está tu vida en peligro
 Mientras que tardanza hicieres.»
 Pero Don Juan, que los vido,
 Mandó que los arrancaran,
 Y despues con claros signos
 Que pusieran otros suyos,
 Con esta expresión escritos:

« Aquí vive un caballero,
 Llamado Don Juan Merino,
 Y estará á pesar del mundo
 Hasta lograr su designio;
 Y si hubiere algun traidor,
 Que contra lo referido
 Tenga que responder algo,
 Lo quemará en fuego vivo.»
 En fin, logró la ocasión
 De ver aquel raro hechizo.
 Estando en su mirador
 Por la mañana, un domingo,
 Al tiempo de requébrarla,
 Con favores y cariños
 Y acciones muy cortesanias,
 Uno de los contenidos
 Prendientes de esta dama,
 Pasó con dos sus amigos,
 El cual le hizo una seña
 Indicando desafío,
 Que á la noche lo aguardaba:
 El volante, que esto vido,
 Bajó al punto como un trueno,
 Y él solo á los tres les hizo
 Que, como mulas de coche
 Cuando cejan en el tiro,
 Fueran gran rato cejando,
 Hasta que fué desatino
 Las estocadas y golpes
 Que su brazo ha despedido,
 Que quedó Marte asombrado,
 Y á los tres dejó en el sitio
 Sin poder decir Jesus,
 Muertos, despues de rendidos.
 Y como quien nada ha hecho,
 Se fué limpiando los filos
 De su cortadora espada,
 Y en su casa se ha metido.
 Ahora es fuerza decir
 Todo lo que ha sucedido
 Cuando vino la justicia,
 Pues así que lo han sabido
 Cercaron toda la casa,
 Con el empeño preciso
 De llevar preso al criado,
 Ya fuese muerto ó ya vivo;
 Y así para defenderlo
 El caballero ha salido,
 Y al cabo que gobernaba
 La guardia de los ministros,
 La vida á pesar de todos
 Le quitó en el primer tiro,
 Y á un escribano le dió
 Una voz en los oídos
 Con una boca de fuego,
 Que le atronó los sentidos:
 En fin, entre el caballero
 Y el criado, nueve heridos
 Dejaron, y cuatro muertos;
 Y á pesar del gran bullicio
 Que había de gentes y armas,
 Se entraron en San Basilio,
 En donde los dejarémos
 Refugiados y escondidos;
 Que en otra segunda parte
 Promete José Francisco
 Decir lo demas que falta,
 Si con silencio han de oírlo.

(Don Juan Merino, Pliego suelto.)

¹ El principio de este romance está lleno de buena y fácil
 poesía, y el resto está mejor combinado y narrado de lo que se
 acostumbraba en esta clase de composiciones.

1538.

DON JUAN MERINO.—II.
 (De José Francisco.)

Ya dije cómo Don Juan
 Merino, con su volante,

En casa Basilio se entraron
Para poder refugiarse,
Dejándose en la pendencia
Nueve heridos en la calle
De peligro, y cuatro muertos,
Siendo el primero un alcalde,
El segundo un escribano,
Para que le acompañase;
El tercero y cuarto fueron
Dos ministros agarrantes,
Por cuya causa el convento
Cercaron por todas partes
Mas de cien hombres con armas
Empeñados en sacarles;
Pero no lo consiguieron,
Aunque entraron á buscarles,
Porque los dos se salieron
Por una mina, que sale
Al campo por una puerta
Oculta entre unos zarzales;
Y á la casa de la viuda
Fué la justicia á embargarle
Los bienes, y ponen guardias
Para que nada sacasen,
Porque dicen que su hija
Es causa de tantos males;
Y sabiéndolo Don Juan,
Así le dijo al volante:
—Juan Antonio, yo esta noche
He de hacer un disparate,
Aunque sepa que mañana
La cabeza han de cortarme,
Que es ir á quitar las guardias
De la casa de aquel ángel,
Y luego dé en lo que diere,
O pare en lo que parare.—
Pónenlo en ejecucion,
Y á la casa los dos parten,
Y á deshoras de la noche
Llegó y dijo: —¿Aquí qué hacen?—
Los guardias le respondieron:
—Gana de cenar bastante.—
Entonces dijo Don Juan:
—Pues vaya ese piñonate;
Y cuenta que es bueno el dulce,
Y bien pueden regalarse!—
Y disparando un trabuco
Dejó asombrada la calle,
Pues á dos quitó las vidas,
Y los demas sin tardarse
Decamparon el sitio
Buscando dónde ampararse.
Ellos se ponen en fuga
Sin seguimiento de nadie,
Y llegaron á Valencia
En seis dias no cabales,
Y en ella se paseaban;
Mas como siempre es tan grande
El brazo de la justicia,
Que corre por todas partes,
Estando en conversacion
Lo prendieron una tarde,
Y á la torre de Serrano
Lo llevaron á encerrarle,
Mientras tanto que disponen
El castigo que han de darle.
Muchos condes y marqueses,
Que en la corte mucho valen,
Se empeñaron y alcanzaron
Que no le corriera sangre;
Que á veces los caballeros
Con cuanto quieren se salen.
Avisaron á la dama
Para que con él se case,
Y con gusto de sus deudos,
Y de su querida madre
A Valencia la llevaron,
Donde con prosperidades
Se celebraron las bodas

Con séquito incomparable;
Y al cabo de pocos dias,
Para poder excusarse
De los gastos tan crecidos,
Y poder desempeñarse,
A una quinta se retira
Sin llevar mas de su parte,
Que fué una humilde criada,
Un mayordomo y un paje.
; Pluguiese al divino cielo,
Que tal cosa no intentase
Don Juan, para no haber visto
Tan fuerte y pesado lance!
Fué el caso, que en una aldea,
Que estaba poco distante
De la referida quinta,
Habitaba un personaje
A quien daban excelencia,
El cual dió en acompañarle,
De cuya estrecha amistad
Resultó que se enredase
La maldad con la virtud,
Dándose fiero combate.
Enamoróse Don Pablo,
Que era el dicho personaje,
De la singular belleza
De la señora, que frágil
Correspondió á sus favores,
Tanto, que vino á allanarse,
Que en ausencia de su esposo
Le hacia traicion bastante;
Y cuando estaba Don Juan
Sin salir á pasearse,
Como no pueden usar
De su maldad tan infame,
Empezaba á entristecerse
Y del todo á lamentarse;
Y si Don Juan preguntaba
La causa de sus pesares,
Decía que porque estaba
En aquellas soledades.
Mas por acciones que hizo,
Infrinó sospechas grandes,
Y con sigilo buscaba
Ocasiones de ausentarse,
Y volvía luego pronto;
Mas no pudo asegurarse:
Y para que tantas dudas
Pudieran certificarse,
Para poder salir de ellas
Elegió nuevo dietámen.
Buscó á un médico, y le dijo
Estas razones formales:
—De Granada me han llamado
Sobre los pasados lances,
Y sin duda me parece
Que quieren aprisionarme:
Yo quiero fingirme enfermo,
Y usted vendrá á visitarme.
Y esto entre los dos se queda.—
Dijo el médico: —No es dable
Que yo á nadie le revele
Lo que entre nosotros pase.
—Pues con esa condicion
Voy á mi casa á acostarme.—
Entró en su casa diciendo:
—; Jesus sea el que me ampare!
Yo traigo un grande dolor,
Llaman al doctor Gonzalez—
(Que es el que habia citado),
El cual vino vigilante,
Y le mandó una bebida,
Como que era para darle
A uno que estaba bueno,
Cosa que no le dañase;
Y tambien mandó le dejen
Solo, y que ninguno le hable.
Así que solo quedó,
En lugar de sosegarle,

Se levantó, y por las rajás
De la puerta, sin quitarse
Estuvo toda la noche,
Hasta que vido que sale
Del cuarto de su mujer
Don Pablo para la calle,
Y con él su mayordomo
Que iba la puerta á cerrarle.
Al instante se vistió
Sin que nada se notase,
Y á la cintura se puso
Dos pistolas y un alfanje,
Y al cuarto de la criada
Fué, y retorciendo la llave
Allí la dejó encerrada.
Con el mayordomo y paje
Hizo lo mismo, y despues
Fué al cuarto de su indomable
Esposa, que de su agravio
Es la principal causante.
Mas hallándola dormida,
Poco á poco las suaves
Ropas alzó de la cama
Para mejor cerciorarse;
Mas ella medio dormida
Habló con claro lenguaje
Diciendo: —Pues se fué ahora
Vuexcelencia en este instante;
De mis brazos, ¿y ya vuelve?
;Esto es querer sofocarme!—
Esto que ha oido Don Juan,
Alzó furioso el alfanje,
Y tomándola de un brazo,
Le dijo: —;Traidora, infame,
Muere, pues eres la causa
De mi deshonra y ultraje!
Y en medio de aquella sala
La degolló en un instante;
Y trayendo á la criada,
Al mayordomo y al paje,
Hizo lo mismo con ellos
Para que todos pagasen.
Puso juntos á los cuatro
Para que así publicasen
La ofensa que han cometido,
Y traicion sin semejante.
Encendióles cuatro hachas
Para que los alumbrasen,
Y despues de ejecutado,
Estos conceptos se hace,
Diciendo: —Yo no he hecho nada
Y me tengo por cobarde,
Si no doy muerte á Don Pablo:
Pues yo mismo iré á buscarle.—
Echó la llave lijero
A la puerta de la calle,
Y á la casa de Don Pablo
Llegó veloz como un ave,
Y así le dice á un criado:
—Dile á tu amo al instante,
Que dice Doña Luisa
Que allá vaya sin tardarse,
Porque se ha muerto Don Juan,
Y está sola en tal paraje.—
Volvióse pronto á su casa,
Que es bien que en ella lo guarde.
Don Pablo muy diligente
Vino sin mas dilatarse,
Que al llamado de su dama
No convenia el tardarse,
Y cuando vió la desgracia,
Absorto quedó en mirarle.
Quiso á la calle volverse,
Mas fué diligencia en balde,
Porque saliendo Don Juan,
Poniéndosele delante,
Le dijo: —Mal caballero,
Dime, ¿por qué me agraviaste?—
Y dándole fuego al plomo,

El corazon le deshace;
Sin que toda su excelencia
Le valiera en aquel trance;
Cayó sin poder llamar
A Dios ni su santa Madre.
Esto es lo que las mujeres
Causan por sus liviandades,
Que pierden hacienda y vida,
Y á pique de condenarse.
Luego los cinco difuntos
Los llevaron á enterrarles
A la referida aldea,
Que estaba poco distante.
Don Juan se volvió á Valencia,
Y en un convento admirable
Del seráfico Francisco
Tomó el hábito de fraile,
Donde está sirviendo á Dios
Mientras su vida durare,
Por conseguir el perdon
De tantas atrocidades.
Y ahora José Francisco
Ha compuesto este romance,
Porque con este ejemplar
Miren bien lo que se hacen.
(Don Juan Merino, Pliego sualto.)

1559.

DON PEDRO SALINAS.

(Anónimo¹.)

Escúchenme los valientes,
Los que presumen de altivos,
Preciándose de alentados
Y de armas guarnecidos,
Que andais como horribles fieras
Por ciudades y caminos:
Suspended vuestra arrogancia
Mientras que paso á deciros
Del mas valeroso jóven
Que en este mundo ha nacido.
En la ciudad de Jaen,
Cabeza de su partido,
Nació Don Pedro Salinas
De nobles padres y ricos:
Lo criaron con regalo,
Siendo de muchos servido;
Era en toda la ciudad
El tal Don Pedro aplaudido
Por su generosidad
Y su cortesano estilo.
A los veinte y cuatro años,
Que eran de su edad cumplidos,
Murió su padre, y dejóle
De su hacienda en el dominio.
Estando un dia en su casa,
Ha entrado un hombre afligido,
Diciendo: — Señor Don Pedro,
A valerme de su auxilio
Vengo, porque de millones
Los guardas en el camino
Cuatro cargas me han quitado
Que traía de tocino,
Y á mí me vienen siguiendo
Para prenderme, esto es fijo.—
Estando en estas razones
Miró hácia la puerta, y vido
Que entra el Administrador
Con sus guardas muy altivo
Para quererlo prender,
Y cortés Don Pedro dijo:
—Señor, este pobre hombre
De mí á valerse ha venido,
Y lo tengo de amparar,
Con que así á usted le suplico
Que se le vuelvan las cargas
Y que se le dé un registro:
Aquí están cuatro doblones,

No se le haga desavío;
Que yo á tan grande merced
Siempre estaré agradecido.
Y mirando hácia los guardas
El Administrador les dijo:
—Entren y saquen al reo,
Porque yo empeños no admito.—
Viendo la desatención,
Salinas quedó corrido,
Y con grande disimulo
En su cuarto se ha metido,
Y previniendo una charpa
Se la puso, y al proviso
A un trabuco naranjero
Siete balas le ha metido,
Y haciéndole á todos cara
De esta manera les dijo:
—Al que fuere desatento
Yo sabré darle el castigo.—
Disparó, y con tal violencia
Salió del cañon el tiro,
Que derribó á cuatro guardas
Y al Administrador, son cinco.
Los otros le dispararon
Viendo el estrago que hizo,
Y fué su fortuna tanta
Que ninguno le ha ofendido;
Y sacando dos pistolas,
Con cada mano hizo un tiro
Con tal acierto, que á dos
El corazon ha partido,
Donde dejando las cargas
Huyen los que quedan vivos.
Entrególas á su dueño,
Y al cabo de esto le dijo,
Que se fuera, y á caballo
Lo acompañó hasta el camino.
El se volvió á la ciudad,
Donde le dieron aviso
Que el señor Corregidor
Contra él tenía escrito
Un proceso, y á la noche
Se fué á su casa atrevido,
A tiempo que los porteros
Todos se habian dormido.
Subió hasta la sala, donde
Estaba con gran descuido
El Corregidor sentado;
Quitóse el sombrero y dijo:
—Tenga Usia buenas noches,
Y sepa que soy venido
A entregarme en los papeles
Que contra mí tiene escritos:
Esto ha de ser sin remedio,
Porque ya es empeño mio.—
El Corregidor turbado,
Dándoselos, le dijo: —Amigo,
Si eso solo es vuestro empeño,
Así os obedezco y sirvo.—
Tomólos y en su presencia
Dos mil pedazos los hizo,
Diciéndole así: —Agradezca
Que no hago con él lo mismo;
Pero si en la dependencia
Se anda con mas escritos,
No dejaré en la ciudad
A mis manos hombre vivo.—
Y volviendo las espaldas
Se fué á su casa atrevido,
Y tomando dos caballos,
Un mozo y un buen bolsillo,
A Sevilla se fué, donde
Cargó de tabaco fino,
Y á Jaen para venderlo
Se volvió muy atrevido.
Cierta dia de mañana
A un costalero le dijo:
—Ponte este fardo en el hombro,
Y por las calles á gritos

Vé diciendo de esta suerte:
«¿Quién compra tabaco fino?»
Que quiero ver si los guardas
Se me atreven á impedirlo;—
Y previniendo las armas
En su seguimiento ha ido.
A la fábrica llegaron
Adonde la ronda vido
El tabaco, y él entonces,
—¿Quién compra tabaco?— dijo.
Y los guardas admirados
Al ver este desatino,
Temerosos y asustados
Ni una palabra le han dicho:
Quitáronse los sombreros
Y él prosiguió su camino.
Luego el Administrador
Por un papel que le ha escrito
Le dijo, que si quería,
Pagando á su precio fijo,
Venderle todo el tabaco:
Don Pedro le ha respondido
Que sí, con que á plata y oro
Todo se lo ha reducido.
Se fué al reino de Valencia
Donde empleo en seda hizo,
Y para venderla bien
A Granada iba camino;
Pero en el pinar de Bazar,
Que es un peligroso sitio,
Sobre defender su hacienda
Dió muerte á cinco bandidos;
Y siguiendo su viaje
Llegó á Granada un domingo,
Y en el meson de la Espada
Con su seda se ha metido,
Adonde por un soplon
Que á los guardas les dió aviso,
Acudió toda la ronda;
Y Don Pedro que los vido,
Metiendo mano á las armas,
Dice: —¿Qué se ofrece, amigos?—
Y el señor guarda mayor
Al instante ha respondido:
—Saber de un poco de seda
Que dicen que usted ha traído,
Y por cumplir con la orden,
El despacho es lo que pido.—
Pero con grande frescura
Salinas ha respondido:
—Seiscientas libras de seda
Son las que yo traigo, amigo,
Sin despacho, porque yo
No ando con papelillos;
Pero si despacho quieren,
Los despacharé al proviso
De esta suerte... —Y disparando,
A tres derribó de un tiro;
Los otros le dispararon,
Y con solo cuatro tiros
A Don Pedro le quemaron
Por tres partes el vestido.
Llegó el mozo por un lado,
Que ya estaba prevenido,
Y de un fuerte escopetazo
A dos partió por el cinto.
En este tiempo á Don Pedro
Quién es el soplon le han dicho.
Y con un carabinazo
Le ha soplado los sentidos;
Y saliendole con las cargas
Desocuparon el sitio,
Y á San Jerónimo fueron
Por librarse del peligro;
Y así que vendió la seda
A Málaga se ha venido.
Yendo á la plaza de Velez,
Le salieron al camino
Diez y seis moros, que eran,

Segun se supo, argelinos.
Embistiéronle furiosos;
Pero Don Pedro atrevido,
Con la espada, á cuchilladas
A todos los ha rendido,
Y dejando cuatro muertos
Maniató muy bien los vivos.
A Málaga llegó, y dando
Al General los cautivos,
Estimando su valor,
Mucho se lo ha agradecido.
Y el señor marques de Lede,
Que estaba á este tiempo mismo
En Málaga, con la orden
De nuestro monarca invicto
Para ir al campo de Ceuta,
Viendo su valor y brio
Le dice: — Señor Don Pedro,
Cierta que yo agradecido
Fuera con que en mi compañía
Viniera á Ceuta conmigo,
Dándole una compañía
De granaderos altivos,
Y que con ella sirviera
Al Rey con grande cariño.—
Don Pedro se mostró grato
Aceptándole el partido.
Entonces el General,
Certificando lo dicho
Con apacible semblante,
Le dió la mano de amigo,
Y á otro dia se embarcaron
En dos muy fuertes navios.
A Ceuta llegaron todos
Con contento y regocijo,
Y á la primera salida
Que este caballero hizo,
Se engolfó tanto en los moros
Con tal valor y tal brio,
Que á pesar de todos cuantos
Estaban para impedirlo,
Tres estandartes reales
Trajo á la plaza rendidos,
Y á los piés del General
Los puso, diciendo altivo:
—Reciba allá su Excelencia,
Y perdone, señor mio.—
El General le responde:
—Estos son buenos principios,
Y es justa razon se premien,
Conque así al premio me obligo.—
Levantóse, en fin, el campo
Y á la corte se han partido,
Donde el General al Rey
Discreta informacion hizo
De su esfuerzo y su valor
Y sus hechos peregrinos.
Y nuestro invicto monarca
Atendiendo á sus servicios,
Una encomienda le ha dado
De Santiago bendito,
Y coronel de caballos
Luego al instante lo hizo,
Donde gustoso se queda
Sirviendo al Monarca invicto.

(Don Pedro Salinas, Pliego suelto.)

4 Véase en este romance hasta qué punto el vulgo habia extraviado su opinion acerca del heroísmo. Como ya no veia caballeros defensores de los fueros propios, que combatian á los reyes, que morian ó triunfaban en los combates dados para defender la independencia y libertades patrias; que peleasen en duelos generales ó privados contra los moros; que asistiesen armados en los torneos y fiestas celebradas en honor de las damas; y en fin, como no hallase sitio alguno noble donde dar culto al valor, volvió los ojos para erigirle un altar, donde ménos debiera hacerlo si tuviese medios de escogerlo. El héroe de este romance es un caballero noble, rico y valiente, cuyo amor propio resentido y mal entendido representa en gran manera las costumbres y la opinion extraviada de una época de marasmo intelectual. En ella, el puñal, el trabuco y la pistola

traidores, habian substituido á las preciadas lanzas del Cid, y á las nobles espadas de los valientes y enamorados galanes que Calderon celebró en sus caballerescos dramas. Y sin embargo, Don Pedro de Salinas, protagonista de este romance, comparado con Francisco Esteban, el Guapo, es uno de los tipos ménos ignobles que admiraba el vulgo, y que representa la opinion general de la época bajo su aspecto ménos corrompido. Usábase entonces, era moda fatal el que, ó por compasion ó por generosidad mal entendida, los nobles y poderosos protegiesen contra la justicia á todos los que el gobierno perseguia por sus arrojados criminales. Estos hallaban amparo por do quiera en la opinion, y á su impunidad contribuian hasta las ideas religiosas, puesto que la autoridad eclesiástica, celosa de defender sus derechos, siquiera fuesen abusivos, combatió á la civil hasta con excomuniones, protegiendo á los contrabandistas y duelistas, por mas que tambien fuesen asesinos y ladrones, con tal que no apareciesen como judíos ó herejes. Y á fe que estos medios no eran los ménos á propósito que entonces el poder eclesiástico podia usar para aumentar su popularidad. Y no se crea que estas costumbres y extravíos existieron en los siglos muy antiguos: á pesar de la fuerza que las ideas liberales y justas daban á la autoridad civil, aun á principios del siglo presente, no se habia destruido del todo la opinion extraviada sobre el mérito del valor individual, ni el gobierno habia podido remediar los males que causaba el derecho de asilo, sino restringiendo con ella, y restringiéndolo mas ó ménos, segun las circunstancias, á casos y localidades determinadas. Aun hoy dia los reos de ciertos y determinados delitos hallan, si no impunidad, disminucion de pena cuando se acogen al palacio de los reyes, á casas de embajadores, ó á iglesias señaladas. En el siglo pasado los hombres poderosos hacian gala de ser padrinos de malhechores, de salvarlos del imperio de las leyes, y de emplear sus riquezas, su poderío y su influjo, en defenderlos. Todo esto se ve en su mayor recrudescencia y verdad en muchos de los anteriores romances; pero este de Don Pedro Salinas es el resumen, el cuadro vivo de las costumbres de una época, aunque iluminado del modo ménos ignoble. En él este caballero empieza por querer comprar á los agentes de la justicia en favor de un contrabandista: no consiguiendo seducirlos ni impedir que cumplan su deber, los asesina impunemente; fúgase, y se entrega al contrabando; comete muertes y atrocidades, pero acaba por emplear casualmente su arrojado desprecio de la vida contra unos piratas, lo cual le sirve para hallar proteccion en un magnate, que poniéndole en ocasion de distinguirse como soldado, llega á conseguir que el mismo monarca ponga en su pecho la distinguida y honrosa cruz del orden militar de Santiago. Estos hechos son los que celebraban los trovadores de tan desastrosa época, esto lo que celebraba el vulgo, esto lo que le caracterizaba, y esto lo que, si bien se mira, ha sido uno de los primeros cimientos en que se asentaron las ideas demagógicas que pervierten y extravían la moral social, y manchan con sangre y horrores, y obstruyen los nobles caminos que conducen á la verdadera libertad. (Véase la nota del romance núm. 1345.)

1540.

DON RODOLFO DE PEDRAJAS.—I.
(De Juan Antonio Lopez⁴.)

Todo bandido se esconda,
No manifieste la charpa:
A vista de mis arrojos
Tiemblen los guapos de España;
Temple su ira Oliveros,
Vencedor de las batallas;
Calle Bernardo del Carpio²,
Que entre cerros y cañadas
Se quedó pidiendo guerra
Por yerro de su ignorancia.
No soy el Cid, ni Sanson,
Que columnas derribaba
En defensa del agravio,
Cuyo valor publicaba:
Que morir por Dios y el Rey
Es dar lauros á la fama:
Y porque sepan quién soy,
Mi nacimiento y crianza,
Nací en Morales del Rey;
Don Rodolfo de Pedrajas
Me llamo, y mi fortuna
Me señaló letras y armas.
Llegué á cumplir veinte años,
Y compré caballo y charpa,
Y cargando de tabaco
A Zaragoza pasaba,
Y en breve lo despaché,
Y volviéndome á mi casa,

En el camino encontré
A Pelagio, que los guardas
Lo llevaban maniatado
Y despojado de armas.
Así que lo conocí
Los aguardé á que llegaran,
Y les dije:— Caballeros,
El prisionero y las cargas
Al punto los soltaréis,
Que Don Rodulfo lo manda:
Hoy es preciso morir,
Que la muerte á todos llama.—
A un tiempo me dispararon,
Dándome carga cerrada:
Yo disparé mi trabuco
Y les maté cinco guardas;
Los que quedaron huyeron,
Que el miedo los acobarda,
Y despaché á Don Pelagio
Sin que nada le faltara.
Y caminando á Morales,
Puse una tienda en la plaza
De vino, tabaco y carne,
De pólvora y de barajas.
A los presos los liberto,
Y socorro al que me llama:
Dígame la real Saboya,
Cuando un juéves de mañana
Iban á ahorcar á un hombre,
Y compasivas lloraban
Dos mujeres por las calles:
Les pregunté:— ¿Qué es la causa
De vuestra grande aflicción?—
Y al punto me replicaban:
— Hoy le dan muerte á mi padre,
Quedamos desamparadas:
Porque un hombre mató á otro,
Y el matador no se halla,
El escribano asesino
A mi padre se la carga.—
Les dije se retirasen,
Y previniendo mis armas,
De pronto me fui á la cárcel,
Donde el secretario estaba
Para dar fe y testimonio
De sus letras mal fundadas;
Y vide sacar al pobre,
Que los padres lo auxiliaban,
Ya caminando al suplicio;
Y llegándome á la escala
Les líce se detuviesen,
Y al escribano llamaba:
— ¡Vén acá, hombre infeliz,
Condenado y de mal alma!
¿Conque por tu culpa dan
Muerte al que no tiene causa?—
Me respondió:— Del Consejo
Ha venido declarada,
Que se haga ésta justicia.—
Yo, desnudando la espada
La cabeza le corté
Dejando el cuerpo sin alma.
Pedían favor al Rey
Los soldados de la guardia,
Y brioso con mi acero
Despejé toda la plaza,
Donde hice doce muertes,
A otros las piernas quebraba:
Metí al reo en San Francisco
Sin que nadie lo estorbara,
Y caminando á mi tienda
Hallé mi casa cercada
De un gran cordon de soldados,
Que con orden de la Sala
Venían para prenderme
Vivo ó muerto, y me entregaron;
Y yo viéndome perdido,
Echando mano á las armas,
Los aventé como m. seas

Que salen desperdigadas.
A este tiempo en Barcelona,
En su eminente montaña
Andaban cuarenta hombres,
Que robaban y mataban
A todos los pasajeros,
Y algunos pueblos asaltan;
Y teniendo orden del Rey,
Que aquel sitio lo cercaran,
Y que en horcas, si los prenden,
Pongan en públicas plazas;
El señor Gobernador
No pudo adelantar nada,
Porque los dichos ladrones
Alguna gente le matan.
A la ciudad se volvió,
Y al punto escribió una carta
Dando parte á Don Rodulfo,
Diciéndole que esperaba
No se dilate en venir,
Que le da firme palabra
De ser su padrino en todo.
Yo sin temer mi desgracia,
En un ligero caballo,
Cual águila que volaba,
Llegué á los montes de Bernia
Y el marqués de Huelma pasa
Con su esposa, y sus dos hijas,
Mayordomos y criadas.
Salieron ocho ladrones,
Y á todos los maniatan;
Quiéren violar la Marquesa,
Y aquellas doncellas castas
En presencia del Marqués:
Socorro al cielo clamaban.
Fui corriendo á estos llamentos,
Y ántes que á ellos llegara
Me salen á recibir
Con escopetas cargadas,
Diciéndome:— ¿Quién va allá?—
Les di la respuesta en balas.
De los ocho maté á cinco,
Y los otros tres con alas,
Fiados en sus caballos,
Por su fuga apresurada
Querían huir veloces;
Mas fué diligencia vana,
Que el paso les atajé,
Y los llevé donde estaban
Los defuntos compañeros,
Porque á todos los llevaran;
Y sacando mi rejon,
Corté las cuerdas delgadas
Que oprimían al Marqués
Y á las señoras, que estaban
De aquel susto casi muertas.
¡Oh vilipendiosa infamia!
Me ofrecían grandes premios,
Y también Doña Constanza,
Hija propia del Marqués,
Me rogó que yo tomara
De su mano una fineza,
Y dándome una esmeralda,
Me dice:— Buen caballero,
En vuestro pecho guardadla,
Que puede ser algún tiempo
El honor de vuestra casa.—
Mostrandome agradecido
Fui con ellos en compañía
Hasta sacarlos del monte,
No suceda otra desgracia.
Dejemos la primer parte
Del mayor guapo de España,
Y acabaré en la segunda
De referir sus hazañas.

(Don Rodulfo de Pedrajas, Pliego suelto.)

† Véase la nota del romance núm. 1543.

‡ Es tradición vulgar, que Bernardo del Carpio, desterrado

para siempre de Castilla, se retiró á los Pirineos, y allí, deses-
perado de su suerte y medio loco, desafiaba hasta á Dios del
cielo, por lo cual murió abrasado de un rayo.

1541.

DON RODULFO DE PEDRAJAS.— II.

(De Juan Antonio Lopez.)

Ya dije en la primer parte
Cómo libres se quedaban,
Y al Marqués le supliqué
Que el testimonio firmara
De todo lo sucedido,
Porque es preciso que vaya
A ver al conde de Flores,
Que suya tengo una carta
En que me envía á llamar
Sin dilacion ni tardanza.
Como un rayo disparado
Volví donde se quedaban
Los muertos y prisioneros,
Y á estos hice que montaran
Cada uno en su caballo,
Y que los muertos llevaran
Hasta entrar en la ciudad;
Y cerca de las murallas,
El señor Gobernador
Vino á registrar las cargas.
Preguntó:— ¿Que gente es esta
Que viene con esta traza?—
— Señor, son los gavilanes,
Que á caminantes estafan.—
Respondió el Gobernador:
— En este día, mi hermana
Me noticia por un pliego
Cómo estuvo maniatada,
Con el Marqués y sobrinas,
Y que quisieron violarlas
Sin tener apelacion,
Y que deben darle gracias
A un famoso caballero
Que por el sitio pasaba:
Me alegrara el conocerle,
Y traerlo en mi compañía.
— Pues ya tiene Vuexcelencia
El que lo hizo, á sus plantas.—
Le presenté el testimonio,
Y la fecha de la carta.
Luego mandó que los reos
A la cárcel los llevaran:
Me dió su lado derecho,
Diciendo, que celebrara
Prenda los cuarenta hombres
Que andan cometiendo infamias
En lo áspero de los montes.
Don Rodulfo dió palabra
De traerlos prisioneros,
Y con diez soldados marcha
Hasta la vera del bosque,
Y descubriendo sus calas,
Puso en ellas centinelas
Con una orden cerrada,
Que si escuchan venir gente
Les tiren sin repugnancia.
Solo me metí en las breñas:
Su espesura paseaba,
Poniendo lazos y cepos
Por el suelo y por las matas,
Hasta llegar á la cueva
Adonde ellos habitaban;
Y estaban con gran funcion,
Con brindis se saludaban.
Al aire disparé un tiro,
Y en silencio se quedaban,
Diciendo:— Perdidos somos,
Cada cual tome sus armas
Para defender sus vidas,
Y en el monte se repartan;
Y conforme iban andaude

Eulazados se quedaban,
Y sin poderse valer
Les quité todas las armas.
Hice venir los soldados,
Y con sogas los anarran,
Y ántes que fuera de día
Tomámos la caminata
Al puerto de Barcelona,
Y un soldado se adelanta,
Y dijo al Gobernador:
— Desde que España es España
No hubo hombre mas valiente
Ni de mas heroica hazaña:
El solo prendió los hombres
Sin que nadie le ayudara.—
Victorioso con mi presa
Al Conde se la entregaba,
En ocasion que venian
Los soldados de la playa
A decirle á su Excelencia:
— De turcos una fragata
Sigue á otra de cristianos;
Ya la llevan apresada,
Y apriesa piden socorro;—
Y suspenso se quedaba
Al oírlo, y dije entónces:
— Mande Usia que una lancha
Me fleten, y unos soldados,
Y verán cortar mi espada
Las cabezas de paganos,
Si el cielo me da ventaja
En poderlos alcanzar;
Y con cuidado remaban,
Y llegámos á abordar,
Y saltando en la fragata,
Cortando brazos y arneses,
Sus cabezas derribaba.
Veinte moros les maté,
Sin que agravio me tocara;
Y viéndose mal heridos,
Todos soltaron las armas,
Diciendo:— ¡Noble cristiano,
Cese el rigor de tu espada!—
Desembarcámos en tierra,
Y nos hicieron la salva,
Y los cautivos cristianos
Por mi la victoria aclaman,
Y todos los caballeros
Y el Gobernador me abrazan.
Y luego al día siguiente
Se dispuso la jornada
A la corte de Madrid,
Y al Católico Monarca
Mis hazañas le contaron,
Aunque ya informado estaba.
Mandó que entrase allá dentro,
Y así que llegué á sus plantas,
De rodillas me postré:
Me preguntó por mi patria.
— Soy de Morales del Rey,
Invictísimo Monarca.—
Generoso me responde:
— Ya eres Morales Pedrajas,
Y marqués de Santa Cruz,
Y gran conde de la Habana,
Y de Méjico virey,
Y general de las armas.
Caballero comandante,
Con Doña Alberta Constanza
Es preciso que os caseis.—
Y al punto los desposaban.
Su Majestad le dió en dote,
Que el manto que cobijaba,
Con él liberte los reos,
Que tengan algunas causas.
Puestos á los piés del Rey,
Celebrándole estas gracias,
Dijeron ambos:— ¡Señor,
Rey y luz de nuestra España,